

**J. Castañón Rodríguez**, *Hinchas del idioma. El fútbol como fenómeno lingüístico*, Madrid, Pie de Página, 2018, 177 pp.

La presente obra, tal y como señalan Julián Redondo, presidente de la Asociación Española de la Prensa Deportiva, en el Prólogo (pp. 15-17) y el autor en el Prefacio (pp. 19-20), pretende ser una síntesis o explicación de cómo se ha ido formando en España la dimensión lingüística de nuestro deporte rey, señalando que se trata de una variedad más cercana a la creación y comunicación efectiva con los aficionados que a la corrección, contribuyendo así a desmentir tópicos y mitos que sobre él se han ido vertiendo, algo muy importante, porque se trata de un fenómeno que impregna a muy diversas capas de la sociedad (ricos y pobres, deportistas, empresarios, gente de todas las profesiones, hombres y cada vez más mujeres, premios Nobel, etc.).

En la Introducción (pp. 21-25), el autor alude al origen de la práctica futbolista en España, surgida tras el Desastre del 98, después del cual se crearon centros de gimnástica civil donde el *deportismo* (así se llamó en un primer momento) fue considerado como un medio para revitalizar e infundir valores a aquellos jóvenes que se encontraban con un país que había perdido todo prestigio internacional. A partir de ese momento, el fútbol se fue acomodando a las necesidades sociales que ha ido teniendo España a lo largo de todo el siglo XX, viéndose en todo momento como una forma bien de reafirmación de valores promovidos por las instituciones, bien de crítica y reivindicación de la libertad del pueblo, hasta llegar al momento actual, donde, dado el prestigio internacional alcanzado por nuestro fútbol y la presencia de intereses mercantiles, publicitarios y tecnológicos, podemos considerar, como hace el autor, que

El balompié ha generado un ámbito de participación sin exclusiones, una fiesta social en la que conviven desde las formas expresivas más básicas a los niveles complejos de plena creación a la hora de su disfrute y práctica (p. 23).

Precisamente por lo anterior, señala nuestro estudioso que hasta el momento, tanto periodistas como humoristas y sociólogos lo único que han hecho es despreciar el lenguaje utilizado en esta esfera social acusándolo de “abuso de frases hechas, tópicos, términos comodines, expresiones vacías, estereotipos...” (p. 25). Sin embargo, el propósito de esta obra es demostrar que el lenguaje del fútbol ha enriquecido notablemente el español precisamente por “su creatividad, diversidad de expresiones, formación de neologismo necesarios, etc.” (p. 25), es decir, por no avenirse a la norma y explorar –y explotar– nuevas vías de expresión con nuestro idioma.

Así, en el primer capítulo, “Las máximas instituciones deportivas e idiomáticas ante el fenómeno del fútbol” (pp. 27-42), el autor señala la importancia que ha tenido el español para la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA), quien lo declaró idioma oficial en 1946 después de la propuesta de Argentina, Uruguay y Chile. Sin embargo, la tradición del uso del español en este deporte se remonta a la participación de España, a través del Real Madrid, en la propia fundación de la FIFA. Es por ello que en los diccionarios multilingües publicados por la institución y el COI

el español siempre ha tenido obligada presencia. Asimismo, otro hito en la histórica vinculación entre español y fútbol tuvo lugar con la creación de la Copa Mundial de la FIFA, cuyo documento fundacional se firmó precisamente en Barcelona en 1929, presentándose, como candidatas para acoger el primer encuentro Hungría, Italia, Holanda, Suecia y España en el caso europeo, y Argentina y Uruguay en América. Tanto España como Argentina renunciaron en favor de Uruguay y, como uno de los impulsores fue precisamente el embajador de este país, la sede se le adjudicó a Montevideo. Le siguieron cinco ediciones en países hispánicos (Chile, México en dos ocasiones, Argentina y España), de las que surgieron voces que ya han quedado fijadas en la delimitación del juego. Es el caso de *bicicletas*, *gambetas*, *jopeadas*, *moñas*, *remates de chanfle*, *taquitos*, *zamoranas* u otras más importantes como *tarjeta amarilla* y *tarjeta roja*, surgidas en el campeonato de México en 1970 para la distinción entre amonestación y expulsión; por su parte, también en Argentina surgieron *definir* por marcar un gol o *zonas de definición*, *de distracción* y *de gestación*. De igual modo, no solo se acuñaron términos referidos al terreno de juego, sino que en la cancha también afloraron prácticas que dieron lugar a voces tan conocidas como la *ola*, movimiento de los asistentes levantándose progresivamente simulando una ola del mar que tuvo lugar por primera vez en la edición de México en 1986, o la *lluvia de papel* que tuvo lugar en la edición de Argentina de 1978. Toda esta tradición de uso que se fue forjando desde los inicios del deporte dio lugar a que el español acabara siendo usado en los discursos de apertura de las ediciones de este encuentro, sean en el país que sean. El autor aporta la justificación que del uso del español hizo el propio presidente de Estados Unidos, William J. Clinton en la edición de 1994, dada la alta participación de países de habla hispana (Argentina, Bolivia, Colombia, España y México)

Sin duda, todas estas innovaciones no hubieran tenido el asiento presente si no hubieran sido refrendadas tanto por la Real Academia (RAE) como por la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE). Ambas instituciones han tenido académicos que han sido más que aficionados al fútbol, algunos de ellos hasta han formado parte de las organizaciones de los clubes, como José María de Cossío, que dirigió el Racing de Santander entre 1933 y 1936, o Margarita Salas, que formó parte entre 2001 y 2005 del patronato de la Fundación Real Sporting de Gijón. Además de las muchas novelas, artículos y conferencias que han publicado nuestros académicos sobre fútbol, algunos de ellos incluso han sido cronistas de la FIFA, como Eugenio d'Ors (en 1950), Camilo José Cela y Mario Vargas Llosa (ambos en 1982). Por todo ello, el fútbol cuenta con una amplia presencia en los recursos de la regia institución: existen veintidós monografías sobre este deporte en la Biblioteca de la RAE publicadas entre 1963 y 2015. En los corpus, la voz *fútbol* ocupa el puesto 839 de las 5.000 más frecuentes. También el *Diccionario panhispánico de dudas* ofrece aclaraciones sobre quince términos futbolísticos como *borceguí*, *chutar*, *derbi*, *dribling*, *driblador-gambeteador-regateador*, *estentóreo*, *linier*, *míster*, *penal*, *penalti* o *stopper*. Por último, también en los diccionarios el fútbol ha estado presente desde la edición de 1939, hasta la versión 23.1 de diciembre de 2017, en la que se han incorporado términos como *deportivamente*,

*deportividad, deportivo y fair play*. También la Fundación del Español Urgente de BBVA tiene entradas referidas al deporterey.

En los siguientes capítulos, el autor analiza el léxico en función de los cuatro niveles que tiene el fútbol como fenómeno (campo, burocracia, gradas y transmisión). En segundo capítulo, titulado “Las voces del terreno de juego” (pp. 43-57), Castañón comienza señalando que tanto el fútbol como deporte ni España como país futbolero lo tuvieron fácil en sus inicios. En efecto, el fútbol necesitó de la propaganda de médicos y publicistas para labrar una imagen positiva de su práctica que generara cada vez más y más adeptos. En el caso de su organización en España, el problema residía en la diversidad de organismos que controlaban su gestión, impidiendo ello la aceptación por parte de la FIFA, algo que finalmente se solventó en 1913 con la fundación de la Real Federación Española de Fútbol, todavía hoy vigente. A partir de ese momento, es innegable la proyección internacional de nuestro fútbol, algo que ha tenido su reflejo lingüístico con lemas como “El Barça de las cinco copas”, el “*dream team*”, “El Real Madrid ye-yé”. Sin embargo, señala como curiosidad nuestro autor, el mayor hito de la historia mundial del fútbol, conseguido precisamente por nuestro país, carece de denominación específica: nos referimos al haber ganado consecutivamente la Eurocopa del 2008, el Mundial de 2010 y la Eurocopa de 2012. En cualquier caso, el fútbol español -y en español- ha dado lugar a prácticas en el terreno de juego que llevan nombre hispánico. Por ejemplo, la *cuauhtheminha* o “regate en el que se va de los rivales levantado el balón con los dos pies en un breve espacio de tiempo” (pp. 48-49) se debe al mexicano Cuauhtémoc Blanco; también la *huguina/huguiña* (forma específica de celebrar un gol) se debe al mexicano Hugo Sánchez. En España, el término *pichichi* tiene su origen en el apodo que tenía el jugador Rafael Moreno Aranzadi del Athletic Club de Bilbao; así como la *zamorana* (despejar el portero un balón con el codo) recibe su nombre de Ricardo Zamora. Mucho más conocido es el término *tiki-tiki* o *tiki-taka* utilizado para referirse a dos jugadores que “se sincronizan para ejecutar diferentes acciones del juego” (p. 53).

Por otra parte, al autor le interesan especialmente aquellas voces de contenido metafórico como *lamerse los bigotes* en México para señalar el disfrute previo a marcar un gol, o el *abanico* que forman cinco jugadores con el delantero centro retrasado. También las malas acciones tienen su espacio: si el portero se aleja imprudentemente de la portería *sale a por uvas* (Uruguay) o *a cazar mariposas* (Argentina); de igual modo, si un jugador tiene la posesión del balón más tiempo y/o más veces de lo debido es un *chupón* (España), un *morfón* (Argentina) o un *taguilla* (Chile).

Por último, termina el capítulo con una referencia a las creaciones léxicas sobre los nombres y apodos de clubes, selecciones y estadios. En el caso de las selecciones encontramos, por ejemplo, lo siguiente: Argentina (*albicelestes, ches, pamperos*), Bolivia (*altiplánicos, la Verde*), Chile (*andinos, araucanos, la Roja*), Colombia (*cafetaleros, cafeteros, la Fiebre amarilla, la Tricolor*), Costa Rica (*ticos, la Muerte, la Sele, la Tricolor*), Cuba (*los leones del Caribe*), Ecuador (*la Tri, la Tricolor*), El Salvador (*cuscatlecos, la Azul y blanco, la Selecta*), España (*la Furia Española, la Furia roja, la Roja*), Guatemala (*chapines, los Hombres del Maíz*), Honduras (*la Garra Catracha, la H*), México (*el Equipo de Todos, la Ola*

Verde), Nicaragua (*pinoleros*), Panamá (*canaleros, la Marea Roja*), Paraguay (*guaraníes, la Albirroja*), Perú (*la Blanquirroja, la Rojiblanca*), República Dominicana (*quisqueyanos*), Uruguay (*celestes, charrúas, Garra charrúa*), Venezuela (*la Vinotinto*).

En el capítulo IV, “Pasillos y despachos: la cancha infinita de las decisiones” (pp. 59-72) el autor se centra en explicar el proceso de formación del entramado empresarial en que se ha convertido el fútbol desde los años setenta hasta la actualidad, con los consiguientes cambios de mentalidad en la gestión deportiva que ello ha ocasionado. Una de las mentes que más supo adaptar el juego a esta nueva realidad fue la de Johan Cruyff: jugador, entrenador, innovador y gestor. A él se deben nuevas prácticas que conllevaron nuevas expresiones como *posesión del balón, cambio de ciclo o entorno*. Como se ve, estas creaciones provienen de las nuevas necesidades que empezaba a tener el mundo del fútbol, ahora con más presión y presencia social y más demanda de “resultados inmediatos” (p. 68).

También la afición ha sufrido transformaciones, tal y como se señala en el capítulo V “Las gradas: de la pasión local al entusiasmo global” (pp. 73-85), pues del contacto directo con el campo se pasó a la relación basada en la mercadotecnia con el estadio. En un primer momento, las aficiones se organizaron en *hinchadas* que estaban imbuidas de un espíritu positivo de cara a la animación del equipo y el disfrute del espectáculo. No obstante, poco a poco fueron apareciendo las *hinchadas radicales*, y en Argentina se distinguía entre *barra bullanguera* (mera diversión) y *barra brava*. Para contrarrestar el enaltecimiento de la agresividad se crearon las *gradas de animación* y actualmente se pide a los comentaristas que eviten el uso del léxico bélico durante las narraciones de los partidos para no convertir las competiciones deportivas en motivos de enfrentamientos violentos. Al margen de esto, el autor también recoge las denominaciones que las gradas han ido adjudicando a los clubes en función de los valores que estos han decidido exaltar como propios, en un mercado donde cada club es una marca que necesita la mayor adhesión de consumidores (vg. Real Madrid: *galácticos, vikingos*; Alavés: *El Glorioso*; Cádiz: *Fiebre Amarilla*; Racing de Santander: *montañeses*; Mérida: *pecholatas, romanos*).

El tercer elemento que conforma el fútbol como fenómeno de masas es el periodismo y a él está dedicado el VI capítulo “El lenguaje de la comunicación: un espectáculo de imágenes y sonidos inolvidables” (pp. 87-118), donde el autor señala cómo el periodismo deportivo, en España, ha pasado por ocho etapas en su relación con el fútbol: 1875-1917 (promoción del fútbol), 1917-1938 (forma de disciplina dentro de una sociedad de masas), 1938-1950 (aumento de su carácter épico), 1950-1961 (se entiende ya como deporte profesional con reglamentación laboral, primeras retransmisiones por televisión), 1961-1975 (internacionalización de nuestro fútbol y crítica a la gestión deportiva), 1976-1992 (generación ética, aumento de la crítica y la denuncia sobre la administración política del deporte), 1995-2008 (fútbol como mero espectáculo y bien de consumo, inclusión en el periodismo general) y 2008- hasta la actualidad, una época marcada por la labor social del futbolista en su comunidad, las relaciones con el comercio, la publicidad y el turismo, la incorporación de la mujer, la relación entre historia cultural y medios de comunicación, la aplicación de las ciencias

del deporte a la carrera deportiva y su gestión, la transmisión de valores sociales y culturales... Todo ello en un ambiente de fiesta social en el que conviven formas de expresión para la contemplación y la práctica del fútbol (p. 98)

Así, la creación o incorporación de unos términos por parte del periodismo se hace también en función de las necesidades sociales que en ese momento está cubriendo el fútbol. Por ejemplo, en la posguerra (1938-1950) el periodismo estaba bastante limitado y en el caso deportivo no se podían dar informaciones “sobre fichajes, actos violentos ni emitir críticas a los dirigentes” (p. 95), de tal manera que las voces que aparecen en este momento están estrictamente relacionadas con el juego: *brío* para indicar el ímpetu del juego o *medio volante* (nueva posición). Asimismo, como estaba prohibida la palabra *dimisión*, se tenía que recurrir a circunloquios hoy impensables como *cese a petición propia*.

Dada la proyección social que tiene el fútbol, el autor también se ve obligado a dedicarle un capítulo, el séptimo (“La vivencia artística o las gambetas que encandilan las pupilas”, pp. 119-129), a la recepción que en las artes ha tenido este deporte, sobre todo en la literatura, donde ya autores de la Generación del 98 como Unamuno y Valle-Inclán aludieron en sus obras a esta nueva práctica que se estaba introduciendo. Desde ese momento, en prácticamente todas las generaciones estéticas ha habido alusiones al fútbol, ofreciendo Castañón abundante bibliografía sobre los estudios que se han encargado de recoger la presencia del fútbol en todo tipo de géneros literarios.

De igual modo, el fútbol también ha servido para que los miembros de una comunidad se sirvan de su ontología para designar sus experiencias cotidianas. Es lo que se indica en el octavo capítulo, “Tirar paredes con emoción y alegría para la vida diaria” (pp. 131-134). Así, tenemos expresiones como un *once de lujo* para una buena plantilla de trabajadores, el *dueño del balón* en Colombia es el director de una organización, *quedar poco público en el estadio* es sinónimo de calvicie en Chile, uno *echa balones fuera* cuando evita hablar de un determinado asunto o *cuelga los cachos* en Bolivia cuando muere.

Tampoco podía faltar en esa obra una alusión a la presencia de la mujer en el mundo del fútbol, algo que el autor analiza en el capítulo IX “Fútbol femenino: de la *sportwoman* a la plena incorporación al profesionalismo” (pp. 135-152), donde señala que, si bien los primeros partidos de fútbol femenino se disputaron ya en 1914 y la Asociación Internacional Femenina de Fútbol se fundó en 1957, no fue hasta finales del siglo XX cuando la mujer consiguió hacer fútbol bajo las mismas condiciones que lo habían estado haciendo los hombres. También ha sido progresiva su incorporación a las gradas, la creación de peñas y asociaciones y su presencia en el periodismo deportivo. A nivel lingüístico, lo más interesante es que no ha habido problema alguno en desdoblarse el género de las posiciones o funciones cuando son ocupadas por mujeres (*arquera, cancerbera, delantera, defensora, árbitra, jueza de línea, liniera*).

Por último, el décimo capítulo, “Los hinchas del idioma: un estilo de vida” (pp. 145-151), funciona a modo de conclusión, indicando el autor que el hecho de que el fútbol haya dado una producción lingüística considerable al español tiene que ver con

la fuerza de la emoción que suscita la espectacularización de este deporte en nuestras sociedades actuales.

Finalmente, la obra termina con la adición de un anexo (pp. 153-173) sobre recursos bibliográficos para aquellos que deseen profundizar más sobre este tema y los que necesiten de materiales para la redacción sobre fútbol.

En definitiva, como señala Pepe Domingo Castaño, periodista deportivo de COPE, en el Epílogo (pp. 175-176) estamos ante una obra en la que el autor revela “la fecundidad de un idioma que ha sido tan vituperado, pero que conserva su atractivo” (p. 176), ofreciéndonos así al mismo tiempo un análisis del estado actual del léxico deportivo y una reivindicación de la valía que este campo tiene de cara a la innovación expresiva del español.

**José García Pérez**